QUEREMOS COMER

*Queremos comer,*

*Comer,*

*Comer,*

*Comer,*

Que pesado. Que difícil, como tira. Se hacen mas pesados después de…

La cuestión es que le cuesta llevarlo. Y aparte esta tan hinchado que le esta formando un sendero. Va a tener que borrar eso. Rápido, antes de que alguno lo vea y las cosas se pongan feas. Por el momento nomas suspira, tironeando el cuerpo, y piensa en las pocas ganas que tiene de todo eso. Le gustaría nada mas tirarse en su cama y dormir, dormir en paz, al lado de la ventana, hasta que sea el sol el que lo despierte con su suave caricia.

Pero no puede. Cuando el estomago ruge, no hay sueño que lo acalle.

*Sangre coagulada*

*Revuelta en ensalada*

*Vomito caliente*

*De un viejo sin dientes*

*Moco bien verdoso*

*De un tipo asqueroso*

De repente siente un ruido, y se paraliza. No suelta los tobillos del tipo, igual, porque sabe que si lo hace después no va a tener fuerzas para volverlo a alzar. Ni él mismo entiende como ha logrado arrastrar semejante marmota de hombre por el sendero frondoso que separa su pequeña cabaña de la estación de servicio donde lo encontró tirado. Es la desesperación, supone su mente infantil, mente ya curtida por la miseria y el espanto. La desesperación le da fuerzas a uno.

Pero ahora junto a la desesperación se asoma otro viejo amigo suyo, con sus patas de araña, frías e invisibles: el miedo. Teme que lo hayan descubierto. Teme haberse apresurado demasiado, atraído por el olor, y que quien había matado a su acompañante aun rondara por ahí, buscando su presa. Debería haber ido borrando las huellas mientras avanzaba. Hubiera llegado medio muerto a la casa, pero seguro después de una buena comida se acababa la cosa.

Ahora, en cambio, se sentía perdido.

*Ayer*

*En el camino*

*Un muerto me encontré*

No detecta la presencia de nadie en esos segundos de estar paralizado, como ciervo frente a las luces. Que va. Se esta volviendo loco por el hambre. Le duele la panza, le flanquean las fuerzas, le temblequean las piernas. Tiene que moverse, y eso hace. Se aferra con presteza de los tobillos del cadáver, y sigue tirando, ya sin ver, como carretilla ciega. Ya esta harto de las flores, y los yuyos que se le clavan en los tobillos y no tienen sabor ni a mierda. Esta cansado de comer plantas. Cuando era aun más chico, antes de que todo pasara y de que quedara solo, se acordaba de su mama haciéndole comer las verduras y los pucheros que hacia entonces, ofendido. Ahora hubiera agradecido unas verduras, a lo mejor, pero ya no más de ese pasto amargo que se le pega al paladar. Quiere carne.

El hombre que arrastra, frente a el, despide un olor putrefacto y dulzón.

*Como estaba bien podrido*

*A casa me lo lleve*

Por no ver es que la rama lo tira de cuajo al suelo, arrancándole un alarido de dolor. Y ahí en la tierra, sucio de pies a cabezas, ensangrentado y lleno de laceraciones, el pequeño mira al cielo.

Es un cielo gris, impío. Ya hace años que esta asi. El sol, su amigo incógnito de la infancia, no los ha vuelto a visitar desde que inicio todo. Les rechaza, a él y a todos, y ahora todos se pelean y no hay comida, no hay desayuno, no hay cena, ni siquiera esas verduras que tanto odiaba.

Hay un rugido en sus entrañas, tan agudo que parece un grito. Logra rodar, sobándose la panza. Ya no tiene fuerzas. Ya no puede más. El desayuno es la comida más importante del día, le decía su mama. Esa frase siempre le ronda la cabeza. Debe ser la mañana. Lo sabe porque no está oscuro, no tanto como siempre.

Logra arrancar de si mismo suficiente empeño como para girar, arrastrándose hacia su tesoro. De cerca, la piel del cadáver parece cera, pálida e hinchada, apenas verduzca y…

No lo hace él, si no que el cuerpo le obliga. Hinca el diente en el costado del cadáver, en la parte blanda y casi gelatinosa. Se estremece de placer.

Por un tiempo que bien podría ser eterno, lo único que se escucha entre los árboles es el gruñido salvaje de alguna clase de animal. Uno nuevo, uno viejo, que se alimenta feroz, tal lobo, tal wendigo de la ultima era.

Los bufidos, lamidos y mordisqueos interrumpen la quietud del día.

*Que ricos los gusanos que de la panza le salían*

*Y de pronto*

*El muerto explotó*

*Y todo eso verde a la boca me saltó.*

Al rato, poco a poco, se comienzan a desvanecer. Pero no le devuelven al camino su quietud, ni al día su calma. Son reemplazados en cambio por un sonido distinto, agudo, lastimero como el de un perro. El llanto del niño que, interrumpido por algo que alguna vez tuvo, se hace una pequeña bola y vomita sobre las plantas lo que recién ingirió.

Llora, desconsoladamente, con distintos matices, por distintos motivos y recuerdos. Lo azota la imagen de su madre, de su padre, de su estricta abuela y la vida humilde que llevaban. Lo golpean las memorias, del inicio, del terror, de esas cosas que había perdido y de lo que se estaba convirtiendo, una criatura de la noche, un colector de cadáveres, como los monstruos que le fascinaban en su infancia.

Sigue llorando por un buen rato, arrastrándose en la mugre y el polvo.

Luego, vuelve a sujetar los tobillos.

*¡Ah!*

*¡Qué rico!*

Por David Keyser